

TESTIMONIO PERSONAL

Visita Pastoral al "Señorío de Jesús" (SDJ), Vitoria, España.

Expositor: David Pereyra

Fecha: 30 de septiembre, 2016

Muy buenas noches, mis queridos hermanos y hermanas. Dios los bendiga hoy y siempre...

Espero que todos aquí estemos de acuerdo que, ya sea en bien o en mal, es muy fácil hablar de los demás. ¿Verdad que sí?... Pero, ¡qué difícil es hablar de uno mismo! Y qué creen: Hace un par de años Miguel Ángel me pidió hablarles de mí en una de mis Visitas, dizque para que ustedes me conocieran mejor. Antes de esa petición yo juraba que Miguel Ángel me tenía algo de cariño, pero después ya no estoy tan seguro...

En obediencia a nuestro Coordinador Mayor, esta noche voy a compartirles algunos detalles de mi vida:

Me llamo David Pereyra Díaz y nací en Managua, Nicaragua, el viernes 20 de julio de 1945. Fuí el primer hijo del matrimonio de don David Pereyra Saavedra y doña Esperanza Díaz Salazar. Seis años después nació mi única hermana mujer, Elena Esperanza, y luego siguieron dos hermanos varones, Virgilio y Hugo José. Somos cuatro los hermanos Pereyra-Díaz.

Cursé mis estudios de la Escuela Primaria, y hasta el segundo año de la Escuela Secundaria, en el Instituto Pedagógico de Managua (IPM), un centro de estudios dirigido por los Hermanos Cristianos de La Salle. En 1960, a la edad de 15 años, me trasladé a vivir a Los Ángeles, California, en casa de una tía y su familia. Allí terminé la Escuela Secundaria en el Cathedral High School (para los que hablan francés), un centro dirigido por los Hermanos Cristianos de La Salle. Luego cursé los dos primeros años de la carrera de Ingeniería Civil en Los Ángeles City College. En 1965, a la edad de 20 años, regresé a Nicaragua evitando ser reclutado para la guerra en Vietnam. Ya en mi patria, continué mis estudios universitarios, y a finales de 1969 me gradué de Ingeniero Civil en la Universidad Centroamericana, un centro de estudios superiores dirigido por los Jesuitas.

Seis meses después, "friendo y comiendo" como decimos en mi tierra, me casé con doña Gloria Mercedes Lanzas Valladares el 24 de junio de 1970; ella de 22 años y yo de 24. Juntos procreamos tres hijos: David, Elena y Daniel. Y luego de casi treinta años de matrimonio, el 17 de febrero del año 2000, súbitamente falleció mi esposa Gloria y soy viudo desde entonces.

Desde el año en que me gradué de ingeniero, 1969, trabajé en mi profesión para varias empresas constructoras de renombre en Nicaragua, en las que cada vez fui ocupando cargos directivos de mayor responsabilidad. Así transcurrieron mis primeros 16 años de trabajo profesional, hasta que en 1985 me independicé y comencé a trabajar solo por mi propia cuenta. Cinco años después, en 1990, me asocié con otros dos ingenieros

para fundar una firma consultora de ingeniería, "Ingenieros Consultores independientes, S. A." (ICISA), la cual alcanzó un buen prestigio y operó exitosamente durante 23 años, 18 de los cuales yo fui su Gerente General. La firma la cerramos en el 2013, hace tres años, por la edad avanzada de mis dos socios. Yo sigo siendo el más chavalo de los tres con apenas 71 años en mi haber...

Hasta aquí he hecho un rápido recorrido general de mi vida, pero sólo en el plano familiar y en el plano de mis estudios y trabajo profesional. Quiero compartirles ahora, más en detalle, algo sobre mí que cae en el plano espiritual.

En 1983, a mis 38 años de edad, había alcanzado casi todas las metas que me había propuesto desde muy joven: Había coronado una carrera y estaba en el apogeo de mi vida profesional; había encontrado a la mujer de mis sueños y me había casado con ella; habían llegado dos de mis tres hijos, y por tanto, tenía ya la familia que siempre había anhelado; tenía casa y carro propios y no le debía un centavo a nadie... Sin embargo, en la medida que iba alcanzando mis sueños o metas, algo extraño comenzó a tomar forma dentro de mí: era un vacío existencial que iba creciendo en mi interior y que no lograba llenar con los esporádicos chispazos de felicidad que la vida me daba. No le encontraba sentido a mi existencia y, por más que buscaba, no encontraba nada que le diera paz y sosiego a mi alma.

Un paréntesis: Desde adolescente, por situaciones que tomaría mucho tiempo explicar, me fui alejando de Dios y de la Iglesia hasta el punto que, ya siendo universitario, llegué a considerarme y declararme ateo. A mis treinta y pico de años, esa búsqueda de sentido para mi vida me llevó a ingresar a la Masonería, pero tampoco allí encontré respuestas a las grandes incógnitas que me carcomían por dentro: ¿Quién soy yo realmente? ¿Para qué estoy aquí? ¿Cuál es el propósito de mi vida, si es que la vida tiene algún propósito?...

Y entonces, vino la noche oscura de mi alma. Producto de un estrés incubado y acumulado durante años por un ritmo de trabajo excesivo, y posiblemente víctima de una opresión diabólica, caí en una depresión profunda. Me precipité en los abismos de la angustia y la ansiedad. Los médicos me diagnosticaron un "surmenage", que luego supe era un colapso total del sistema nervioso del que muy pocos regresan vivos... o cuerdos. Me avergüenza decirlo y me horroriza todavía, pero tan negro era el hoyo en el que había caído y tan grande el sufrimiento, que acaricié la idea de quitarme la vida; el problema para mí ya no era si lo hacía o no, sino cuál sería la mejor forma de hacerlo.

Cada día luchaba tenazmente para detener mi caída, pero poco a poco se iban desgastando más las pocas fuerzas que me quedaban. Los médicos –un psiquiatra en especial– trataban genuinamente de ayudarme con sus terapias y sus medicinas, pero la verdad es que avanzaba un paso y retrocedía dos.

Esta era mi situación cuando una pareja de vecinos y amigos muy queridos, Joaquín y Cecilia Sánchez, me invitaron a un Cursillo de Cristiandad. Casi por cortesía y sin ninguna esperanza, asistí al Cursillo N° 49 celebrado en la Gruta de Xavier, en

Managua, del 19 al 22 de mayo de 1983. Gracias a Dios, allí tuve mi primer encuentro con Cristo y un inicio de conversión; muy pequeño, pero un inicio al fin. Él me dijo: "*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*", justo cuando estaba totalmente perdido y casi muerto en mi interior.

Yo tenía tres opciones: (1) O lo consideraba un loco --más loco que yo por oír que me hablaba-- y lo rechazaba; o (2) lo creía un mentiroso y lo despreciaba; o (3) creía en él y lo aceptaba. Opté por creerle, y 33 años después no me he arrepentido un sólo segundo de esa decisión; porque Cristo ES verdaderamente el Camino, la Verdad y la Vida, y yo soy testigo de eso.

Ese mismo año, del 15 al 18 de diciembre de 1983, asistí a un Retiro de Convivencia Cristiana impartido por La Ciudad de Dios en un centro llamado "La Aurora", en Managua, curiosamente la casa de retiros de los Hermanos Cristianos de La Salle, los religiosos que me iniciaron en la fe en mi niñez. Allí tuve la experiencia del Bautismo en el Espíritu y por primera vez en mi vida pude experimentar la Paz de Cristo, y con ella el sosiego a mi alma atormentada. Fue como ponerle la tapa al frasco, y fue cuando decidí firmemente seguir a Cristo y me integré de lleno a La Ciudad de Dios.

Han pasado 33 años desde entonces. Vuelvo la mirada hacia atrás, y al verme entonces y verme ahora, descubro que muchas cosas han cambiado para bien en mi vida y a mí alrededor. Y todo ello debido a que, un día, un tal Jesús de Nazaret de quien yo había renegado, logró encontrarme después de una larga búsqueda de 38 años. Como les compartía, yo caminaba sin rumbo bajo una noche oscura y sobre un terreno pantanoso que amenazaba con tragarme. Con el lodo hasta el cuello y a punto de ahogarme, Él me tendió su mano salvadora y me aferré desesperadamente a ella. Y al salir a flote, en un arranque de emoción y agradecimiento, le dije algo a mi Salvador que en ese momento brotó del fondo de mi ser, y que llevo grabado indeleblemente en mi mente y en mi corazón: "*Señor, de ahora en adelante te seguiré hasta el último día de mi vida*"... Lo que dije fue espontáneo y muy sincero, pero sin medir las consecuencias.

Yo no sabía que, a pesar de ser la misma persona, existía una abismal diferencia entre Jesús el Salvador a quien acababa de conocer y Jesús el Señor a quien no conocía. Y yo acababa de llamarlo "*Señor*"...

Yo no sabía que al ofrecer seguirlo como mi Señor, a partir de entonces iba a implicar el renunciar a mis planes de ser un ingeniero de éxito y renombre, para convertirme en lo que yo mismo calificaba antes como "uno más del montón". No sabía que tendría que abandonar mi proyecto de retirarme "joven", con una jugosa cuenta en dólares en un banco extranjero. No sabía que no dispondría del tiempo que siempre quise para divertirme y descansar. No sabía que por sometimiento a Él, iba a tener que someterme a la autoridad de otros hombres que en ese entonces, desde la torre de mi orgullo, calificaba como menos capaces que yo. No sabía que tendría que ser

considerado como un "pendejo" --perdonen la palabra-- por el mismo abogado que defendió a mi hija, porque al ganar el juicio que la dejó en libertad renuncié a mi legítimo derecho de contra demandar al hombre que la había destruido física, moral y espiritualmente.

Tampoco sabía que tendría que aceptar la partida prematura de mi esposa Gloria; aceptar mi soledad, cuando por 30 largos años soñé con envejecer apaciblemente a su lado. Mi mujer se fue hace 16 años, y he aceptado su partida porque "Jesús es MI Señor" y esa fue SU voluntad. Pero mi voluntad era --y sigue siendo-- otra distinta. Mi corazón y toda mi carne siguen deseando tenerla a mi lado. Dios sabe que no hay día del mundo en que no piense en ella, y la añoro y la extraño. Pero ni le reclamé cuando se la llevó ni le reclamo ahora, porque, díganme ustedes, ¿cómo puede un esclavo reclamarle a su Señor?...

Les decía que han pasado 33 largos años desde mi encuentro con Cristo y las aguas de la emoción se han ido calmando. Hoy, más sereno y consciente, comprendo muy bien qué significa decirle a Jesús: SEÑOR. También veo todo lo que me ha pasado después de ese encuentro con Él, y no dudo un segundo en volverle a decir hoy y aquí: *"Señor, de ahora en adelante te seguiré hasta el último día de mi vida"*. Porque aunque al igual que cada uno de ustedes, muchas han sido mis dudas, mis luchas, mis angustias y --por qué no decirlo-- muchos mis dolores de parto en el seguimiento de este Jesús y Señor, lo cierto es que ahora soy realmente libre, y por fin hay paz y esperanza en mi vida.

Ahora sé quién soy, por qué --más bien por Quién-- estoy aquí, y sé que hay un lugar esperándome en la mesa del Señor allá en el cielo. Y por qué no decirlo también: mientras el Señor no diga lo contrario, sé que mi nombre está escrito en el Libro de la Vida.

Les he contado parte de mi vida para que me conozcan mejor, pero principalmente para que reconozcan en mi testimonio el gran amor de Dios, su misericordia infinita y su gran poder.

Porque yo, al igual que el hijo pródigo, estuve muerto y he vuelto a la vida; estaba perdido y fui encontrado... Bendito sea por siempre el Buen Jesús, mi Pastor y Señor, que lo hizo posible.

¡AMÉN!...